

Julio Caro Baroja

Fue un hombre naturalmente bueno, de buen corazón, incapaz de hacer daño a nadie. Fuimos buenos amigos desde el bachillerato, en el "Instituto-Escuela" de Madrid; y creo haberle conocido bastante bien.

Fue, desde muy niño, un sabio, humilde, pero consciente de su superioridad intelectual, que le inducía a una sobria displicencia por muchas cosas. Una displicencia generalmente bien acogida por todos, porque él suscitaba admiración y afecto en cuantos le trataban de cerca; también atraía la simpatía de las mujeres, a pesar de su primer aspecto algo hosco, en realidad, afectado por él, como también lo era una ligera tartamudez al estilo de un "scholar" oxoniense, pero matizada por un deje de ruralismo vasco.

Con esa su displicencia, se le fueron abriendo todas las puertas, y sus obras tuvieron siempre una gran aceptación entre lectores de muy distinto tipo. A lo largo de toda su vida, sin que le perturbaran los cambios políticos de España, fue siempre muy bien considerado, honrado y agasajado, como merecía. Sólo en ciertos aspectos su disciplina le impidió llegar a mejores resultados; así, cuando rechazó la oferta de acceder a una cátedra universitaria –por los mismos años en que hice yo las oposiciones a la mía–; luego, un posible acceso al matrimonio; y, lo que es más lamentable, el acceso a la plenitud de su gracia bautismal, pues con el Espíritu Santo no valen displicencias.

Aprendí yo muchas cosas de él; su conversación era para mí altamente instructiva. No sólo me ayudó en el estudio de las inscripciones ibéricas (en el que no perseveré), sino también en la comprensión del fascinante mundo vasco, y tantas otras cosas más que prodigaba su generosa erudición, y me complacía aprender de él.

Supo unir, al rigor de la crítica científica, una superior humildad ante los menos críticos, aunque fuera más severo contra la falsa ciencia de otros. Sabía instruir al que le consultaba, pero nunca fue pedante ni ofensivamente despectivo.

Conocí su ambiente familiar, especialmente en la casona de "Itzea", en Vera del Bidasoa; aquí, en la planta superior, un amplio y bien pertrechado estudio acogía la múltiple actividad de sus tíos, Don Pío y Don Ricardo, de su madre, mujer de alta cultura, y la suya propia. Recuerdo que, habiendo sido yo invitado en aquella casa, al despedirme por la mañana, muy temprano, subí a aquel estudio para saludar a Don Pío, que ya estaba levantado y trabajando en su mesa; a mi pregunta, algo simple, de por qué madrugaba él tanto, aquel gran escritor me respondió humildemente: "Para vivir de la pluma, hay que trabajar mucho".

Esta vieja amistad con Julio Caro Baroja ha venido a quedar sellada, al final de nuestras vidas, por el mismo honor del premio de "Humanidades" que "la Sociedad de Estudios Vascos" me concedió el año siguiente del suyo, aunque menos merecidamente que a él.

Alvaro d'Ors